



Tragaluz

Al intentar concluir mi escueta ceremonia, la taza de porcelana blanca bajo mis pies pareció agrandarse entre las estrechas paredes de aquella construcción riesgosa. Cayó una piedra pequeña. Del tamaño de un grano de arroz.

Miré entonces hacia arriba; no era demasiado fácil advertir dónde quedaba el remate del tragaluz. Pero sí lo era su longitud ansiosa de alcanzar un resplandor que siempre parecía flotar más lejos. Aquella piedra al caer me produjo una especie de ardor o el supuesto de la distancia recorrida por la angosta abertura. Toda piedra es un aerolito, pensé, arriesgando un divague de los míos como si esa piedra hubiera atravesado la longitud del tragaluz desde una distancia absurda. Su entraña mineral le dio esa forma redondeada y voladora, o simplemente se desprendió del revoque erosionado por la humedad que trepa desde la taza turca. Es como si estuviese escribiendo en suspensión, me dije. No. Esto es un delirio. En realidad estoy observando el tragaluz de un baño.

Venía en dirección al centro. En aquella época tendría no mucho más de diecinueve años. La suspicacia es difícil de demostrar fuera de las casas de pensión y lugares como esos en los que coexisten para cada huésped dos explicaciones con igual probabilidad. Alguien que se las trae de más equilibrado o patrón del juego, simplemente decide lo que pasa a ser cierto. Aquel barcito casi miserable estaba pegado a la pensión de doña Solita. Esa vieja viuda de cuatro maridos de la dueña era una extraordinaria repentista de historias obscenas o de humor forzado. Trataba de irme de casa por unos días, para demostrarle a mi madre que podría vivir solo. Y como siempre fui bastante prudente en los gastos, por no decir tacaño, como suponen algunos amigos, al no empeñarme demasiado en aquel apestoso lugar. La repugnancia que me inspiraban tanto la dueña como lo inquilinos sólo podía mitigarse por lo ridículamente barato del precio de una habitación. Nunca me puedo olvidar de todo lo que viví en un día, dos noches y pocas horas. Un estreno sexual sin previo aviso: el mío. La peluca anaranjada de Dolly, una vieja dama indigna que colgaba de la puerta aquel residuo humeante. Los grititos y el deambular de la turca Mara Estercita, que escapada del revoltijo de trapos sucios de

su cuarto, andaba por los corredores interminables del conventillo pidiendo plata o pan o no importa qué.

Pero lo que más quedó marcado a fuego en mi memoria fue la escena que oí por el maldito tragaluz del barcito al que bajé para intentar tomar café. Esa fue la escena que me decidió bruscamente a volver a casa y recuperar el lugar natal, aunque tuviera que hipotecar mi sombra.

Una escena terrible a la que paradójicamente sólo podía haber asistido por el agujero incestuoso del tragaluz, como un convidado de piedra, dado que inexplicablemente comunicaba con el cuarto de ese ángel rockero de pelo ensortijado y caminar vacilante, que vivía en la habitación 37.

Empecé a oír los gritos destemplados de la voz ácida de doña Solita y los insultos del rockero:

—Vieja de m... ¿cómo se atreve a decir eso?

—No quiero contagios en esta pensión, y menos de sucios microbios arrastrados por el barro. Hasta piojos borrachos y degenerados tiene entre esas crenchas engrasadas. Mándese mudar al diablo antes que lo haga arrastrar por la madrugada y nadie reconozca su cadáver flaco. Oí el ruido de las escaleras y el ruido de las puertas altas de madera como un trueno reverberando.

Una húmeda calma pastosa atornilló la casa de doña Solita al callejón reventado desde donde se inclinaba como presagio de desgracia. La débil luz del tragaluz se hizo aún más tenue y amarillenta, como el filamento de una vieja lámpara de radio.

El episodio me liquidó la aventura. El ángel derrotado del rockero me tiró una insoportable piedra de tristeza. Me obligó a irme de la pensión. Nunca lo vi de frente siquiera, pero recibí los insultos por el tragaluz como dirigidos a mi vulnerable situación de oidor indeseado.

Y entonces comprendí el halo alrededor de la mirada de mi madre. Comprendí lo que significaba alejarme del lugar de mi madre. PH